

Lo esencial de Emmanuel Mounier

Carlos Díaz

Lo esencial de Mounier es todo Mounier. El centro de esa esencia, su propia persona. El corazón de su propia persona el amor a Cristo. De su amor a Cristo deriva el amor al hombre. Del amor al hombre se desprende el compromiso de la acción y la exigencia de un enorme fuego purificador: la revolución personalista y comunitaria: no es antes la transformación subjetiva como tampoco lo es la mutación objetiva; no es antes la purificación individual como tampoco la reestructuración de la familiar; no es antes el estudio y después la acción; no es antes el yo y posteriormente los otros; no es antes la tierra y más tarde el cielo; no es antes el valor humano de lo divino y a posteriori el valor divino de lo humano; no es primero el piano y luego el pianista.

Lo indisoluble en Mounier es la indisolubilidad de ser y tiempo, por eso: procrastinar dejándolo todo o casi todo para mañana resulta incompatible con el personalismo comunitario inaugurado por Mounier; por eso la justicia tardía es una injusticia que resulta incompatible con el personalismo comunitario inaugurado por Mounier; por eso la militancia en la propia causa sin la comilitancia con la ajena resulta incompatible con el personalismo comunitario inaugurado por Mounier; por eso el humanismo light no urgido por el dolor que causa el otro adolorado resulta incompatible con el personalismo comunitario inaugurado por Mounier. Las palabras básicas del personalismo no son pares de palabras, sino palabras nacidas desde el nosotros coetáneo.

Lo fundamental de Mounier es perspectiva, método y exigencia. *Perspectiva* es lo contrario de confusión, la antítesis de cualquier amalgama, del laxismo, de la componenda desarticulada, del oportunismo, del pactismo a cualquier precio. La perspectiva es para montañeros de alta montaña. Ideas claras, corazón contento. No hay perspectiva sin *método*: el método es el camino que todavía queda por caminar, el siempre más allá. Ahora bien, el camino no se hace al andar; el camino se hace caminando, desde luego, pero con una perspectiva, sin la cual caminar es perder el norte, quedando entonces la ruta convertida en rutina, en deambulatorio que desorientado gira sobre los propios talones cada vez más vertiginosamente. Por el contrario, la persona enrutada con perspectiva de águila madruga tempranea, alborea: el sol no deja huella en su cama. Si nada grande ha sido hecho sin una gran pasión, entonces los perezosos no son, no saben, no quieren, no pueden ser personalistas. *Esta perspectiva metódica es exigente* con una exigencia endógena, con un apremio voluntario y no imperado, con una desazón profética, utópica, siempre viva, *citius, fortius, altius*, más lejos, más fuerte, más alta, cuyo motor es la sanación y la solidaridad con el dolor ajeno y con el personal: no te duele, luego no eres exigente con el otro ni contigo. Porque te duele, es importante para ti. Porque es importante para ti lo amas, y más lo amas cuanto más importante es para ti. Mounier lo vivió en su propia carne, en la carne de su familia, en el cuerpo herido del proletariado, en el dolor del Cristo herido. ¿A dónde hubiera ido Mounier que no le doliera?

Es en la urgencia de ese dolor sanador donde creemos que Mounier sitúa la urgencia de una transformación social –revolucionaria, desde luego- en el orden del dolor sanador. El personalismo no olvida de ninguna manera esa transustanciación y convive cada mañana

con la revolución, que todo personalista pelea en cada uno de sus niveles junto con las demás gentes de buena voluntad, vinieren de donde vinieren. Nos une con todas ellas la perentoriedad de dicho compromiso de la acción en cada uno de los acontecimientos cotidianos. Si esto falta, todo falta.

No conviene olvidar en ningún caso que lo más destacado en Mounier era una biografía radiante, una alegría luminosa: todo sufrimiento integrado en Cristo, decía, pierde su fealdad, su misma desesperación. Un personalismo triste es, desde luego, un triste personalismo. Como tal, fue la suya una alegría infatigable, un liderazgo para todos, un magisterio bondadoso, virtuoso, incapaz de resentimiento, firme y al propio tiempo muy respetuoso.

Lo básico de Mounier es el tránsito del yo al nosotros. “Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esa subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación. Ninguna noción puede sustituirla. A quien al menos no se ha acercado, o ha comenzado esta experiencia, todas nuestras exigencias le son incomprensibles y cerradas. Ante ciertas objeciones que se hacen al personalismo, es preciso admitir que hay gentes que son ciegas a la persona, como otras son ciegas a la pintura o sordas a la música, con la diferencia de que éstos son ciegos responsables, en cierto modo, de su ceguera: la vida personal es, en efecto, una conquista ofrecida a todos, y una experiencia privilegiada, al menos por encima de cierto nivel de miseria”¹. Una relación personal sanamente orientada deja atrás el *nivel preconventional*, donde la instancia para juzgar los valores es el egoísmo, al *nivel convencional*, en que se tienen por valiosas las normas de la comunidad particular en que uno se inserta, y se mueve en el *nivel posconventional*, en el que hemos aprendido a distinguir entre las normas de nuestra comunidad concreta y los principios universales, que tienen en cuenta a toda la humanidad, y son los que legitiman a todas las instituciones democráticas, y cuya jerarquía axiológica dice así: “Esta es nuestra jerarquía de valores: primacía de lo vital sobre lo material, primacía de los valores de la cultura sobre los valores vitales; pero primacía, sobre todos ellos, de esos valores accesibles a todos en la alegría, en el sufrimiento, en el amor de cada día. Esta escala dependerá intrínsecamente, para algunos de entre nosotros, de la existencia de un Dios trascendente y de unos valores cristianos, sin que otros compañeros la consideren como cerrada por arriba”².

Lo constante en Mounier es su convicción de que toda escala axiológica personal ha de tener en cuenta el carácter psicológico personal, algo que bosquejó en circunstancias adversas de una forma hermosísima en su más extenso libro, el “Tratado del carácter”: ¿extrovertido, estable, despreocupado, escrupuloso, idealista, receloso, reservado, sereno, conservador, imaginativo, sagaz, arriesgado, aprensivo, experimentador, autosuficiente, controlado, inestable, tenso, relajado, informal, duro, confiado, tímido, sobrio? Todo eso cuenta, y mucho, en el proyecto singular y al propio tiempo eidético esencial personalista-

¹ Mounier, E: *Manifiesto al servicio del personalismo*. In «Obras». I. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, pp. 625-626.

² Mounier, E: *El personalismo*. Obras, III, pp. 430-431.

comunitario. Sin el descenso individual a los infiernos de cada uno resulta francamente imposible ascender a la singularidad del propio ser humano consciente. Por este motivo el conocimiento de la *psicología individual y social constituye la mitad de la tarea del personalismo comunitario*. Hace falta una psicología orientada hacia una pluralidad de terapias personalistas comunitarias. Si en su época histórica (1905-1950) hubo Mounier de tener en cuenta las aportaciones del psicoanálisis, a partir del cual apuntó hacia una *psicología personalista y comunitaria*, también en la actualidad los sucesores de Mounier habrían de *reiniciar y rehacer el renacimiento global* a la vista del mortal olvido de la dignidad de la persona en el espíritu encarnado de su totalidad corporal: a carne triste, trascendencia triste. Dime cómo tratas a tu cuerpo, cómo lo vives (con o sin dignidad personal), y te diré cómo es tu trascendencia y dónde está tu felicidad.

Lo fundante en Mounier es al propio tiempo el encuentro con lo eterno en el hombre. La persona busca lo incondicional en su salir fuera de sí misma, en el sobrepasarse a sí misma mediante el movimiento transitivo del conocer, del querer y del actuar, y con más razón mediante la relación interpersonal, toda vez que en el sobrepasamiento de sí misma se realiza a sí misma. Si lo incondicionado aparece en lo condicionado, si se presupone en su ejercicio, entonces en ello se hace patente la esencial referencia del hombre en cuanto espíritu finito en el mundo a lo incondicionado mismo, es decir, al ser absoluto, a Dios en cuanto que trascendencia. Por su esencia, el hombre es ser en-hacia Dios, en el cual puede encontrarse verdaderamente a sí mismo en la totalidad de su plenificación. Decir que el mal divide no es un lujo de biempensantes ni una moda, antes al contrario el mal está ahí con su obstinada fealdad golpeante, no erradicado por el progreso, a veces incluso por él multiplicado. Para que nuestra causa haga el bien y evite el mal, nos abrimos gozosamente al Bien absoluto en la convicción de que la religión es la afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la vida humana, es decir, la afirmación absoluta del hombre a la luz de Dios. Una religión al margen de lo humano o inculta estaría vacía; a su vez la cultura implica necesariamente de suyo una actividad religiosa, quizá no siempre en sus concretas tareas materiales inmediatas, pero sí en su intencionalidad y fundamentación últimas. Según ello, una idea de la existencia humana que se despidе del Absoluto corre el riesgo de pactar con lo fáctico. Sin el reconocimiento de lo divino se oscurece el reconocimiento de lo humano. De ahí que, siendo las personas fines en sí mismas, no sean el final de sí mismas.

El personalismo comunitario de Mounier se hubiera precipitado en el voluntarismo del quiero y no puedo si no hubiese dado razón de su esperanza, la cual se alimenta del reconocimiento del carácter misterioso y gratuito de la existencia, que nadie en este mundo se debe a sí mismo. Lo mejor de lo real nos ha sido conferido gratuitamente sin nuestro concurso, por eso a esta misteriosa donación originaria respondemos con nuestro agradecimiento sintiéndonos al propio tiempo llamados a multiplicar lo que teniendo valor no tiene precio, a encajar el mal sin devolverlo, y a mostrar operativamente que aquél es más fuerte que éste. La persona no es hija del azar, ni un caos abandonado a la deriva de la mera contingencia. Cada ser humano ha sido pensado, querido y creado directamente por Dios con un amor personal e infinito. Al crearle le salva, y al salvarle le crea. La persona no pertenece al orden de las cosas, ni siquiera en el silencio de la noche viscosa, y su condición de alteridad inasimilable en una urdimbre de identidades y diferencias le viene de la Palabra de Dios, fuente de donde mana el propio verbo, aun en el silencio de lo inefable.

Lo contrario al espíritu personalista es el espíritu burgués: “El dinero, escribe Bentham, es ‘el instrumento que sirve de medida a la cantidad de pena y de placer; si no podemos decir de una pena o de un placer que valen tanto dinero, es inútil decir nada acerca de él. El egoísmo es de todas las pasiones la más accesible al cálculo, porque es proporcional al número de sus objetos. Les daremos la felicidad que les conviene. Les haremos trabajar, pero durante sus horas de ocio organizaremos su vida a la manera de un juego de niños, con canciones infantiles y danzas inocentes. Incluso les permitiremos el pecado, sabiendo que son débiles y desarmados. Serán librados de la gran preocupación y de las terribles angustias que consisten en elegir por sí mismo. Y todos serán felices, millones y millones de criaturas’. ¿Nos atreveríamos a decir que no escuchamos ya esta voz?” (*Las certidumbres difíciles*. IV, pp. 85-86). “El pequeño burgués no posee los signos exteriores y las facilidades del rico, pero toda su vida tiende hacia su adquisición, sus valores son los del rico, achaparrados, acartonados por la envidia. No es rico solamente el que tiene mucho dinero, es rico el pequeño empleado que se avergüenza de su chaqueta raída, de su calle. Es rica la mecanógrafa que acepta el mundo a causa de los favores del jefe, el proletario que devora el ideal estrecho del empleado de banca, el antimilitarista que sueña en secreto con ser subjefe en la reserva. La consideración es la suprema aspiración del espíritu burgués, la vanidad en la reputación. Toda la vida del pequeño burgués está dominada por un solo valor: la consideración, que le lleva al cuello duro, después al hotelito, después al coche, después al mar, después a que le preste atención como verdadero rico, todo esto unido a una tiranía interior, la falsa religión del trabajo. Los valores del burgués se agrupan en torno a un poder fácil al que abre camino el dinero, un poder garantizado contra todo riesgo, una seguridad. El burgués es el hombre que ha perdido el amor en su loca carrera hacia un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social. La reivindicación es su actividad fundamental, hace del derecho, que es una organización de la justicia, la fortaleza de sus injusticias, de ahí su radical juridicismo. Cuanto menos ama las cosas que acapara, tanto más susceptible es en la conciencia de su presunto derecho, que es para un ‘hombre de orden’ la más alta forma de la conciencia de sí. El burgués se define ante todo como propietario. Está poseído por sus bienes. La propiedad se ha sustituido por la posesión” (*Manifiesto al servicio del personalismo*). “Cada uno de nosotros lleva en sí una mitad, un cuarto, un octavo o un doceavo de burgués, que se irrita dentro de nuestra persona como un demonio en un poseído. Escuchadle decir: *mi* mujer, *mi* auto, *mis* tierras, ya se sabe que lo que cuenta no es la mujer, el coche, las tierras, sino el posesivo descarnado. El burgués se rodea de cosas bellas, como su mujer; se forja unas buenas costumbres y una buena conciencia. Pero la soledad no está presente en su vida: es un hombre muy acompañado. Hombre de salud, hombre de felicidad, hombre de bien: un hombre que ha encontrado su equilibrio, un ser desgraciado. Una de las desviaciones maestras del capitalismo es haber sometido la vida espiritual al consumo, el consumo a la producción, y la producción a la ganancia” (*De la propiedad capitalista a la propiedad humana*. I, pp. 550-552).

Pero, frente al espíritu burgués, “la posesión no es un derecho de conquista, sino un poder de dominio sobre un mundo ya ordenado. Pide, pues, que yo sepa reconocer una presencia en la cosa o en la persona poseída: no se posee más que lo que se acoge. Es lo mismo que decir que sólo se posee lo que se ama. Es necesario ir hasta el extremo porque aún el mismo amor tiene sus vueltas de egoísmo: sólo se posee aquello a lo que uno se entrega, y en ciertos casos no es paradójico decir que sólo se posee lo que se da” (*Revolución personalista y comunitaria*).